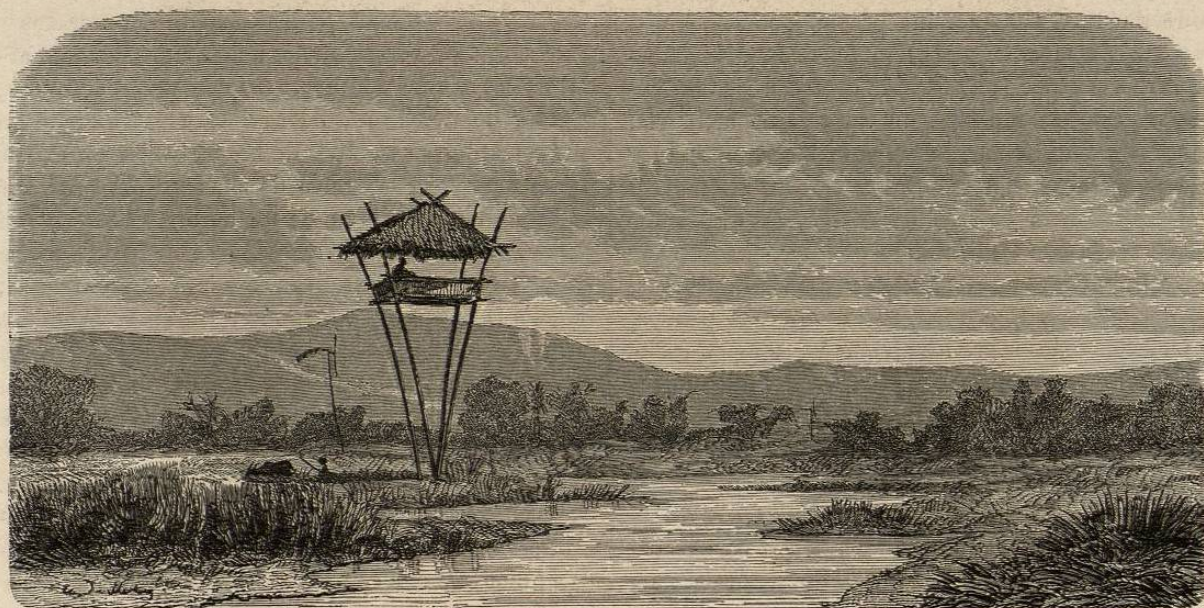


admirar detenidamente, y en la otra orilla una serie de paredes coronadas de un bonito adorno de fábrica. Salen del agua ramos de juncos; el suelo está cubierto de ramas verdes que trepan por los troncos de los cocoteros y caen sobre los tejados y las paredes cuya imagen tiembla y brilla en el agua. Todo aquel paisaje está animado por los rostros atezados de los indígenas que van y vienen sin cesar por aquella laboriosa ciudad.



Los guardas de los arrozales.

quiera podría creer que se hallaba en la ciudad de Nanking. Por todas partes hay amplias calles orilladas de casas cuyas formas varían hasta el infinito y cuyas fachadas están cubiertas de vivísimos colores y de esculturas extrañas. Los pisos bajos están destinados á tiendas y almacenes; pero allí también causa admiración el brillo de los adornos, de los dorados, de los barnices negros, oscuros y rojos, así como las preciosas inscripciones verticales de oro mate que se ven por todas partes.

No puede darse á un europeo idea exacta del ruido, movimiento y actividad que hay en el *Kampong* chino: allí se bebe, se come, se vende, se compra, se disputa, se riñe, se afeita en medio de una barahunda sin igual de mercaderes ambulantes, de cocinas portátiles, de gente que vá á pie, á caballo y en palanquin, de convoyes de fardos que se cruzan, se chocan, se detienen, se empujan y se aprietan. También el vértigo se apodera de mí: estoy sofocado con los malos olores, aturdido con los gritos, y pido al cielo la gracia de salir vivo de aquel torbellino que me ar-

rastra, y apenas salgo de él, me propongo volver con frecuencia, porque he entrevisto muchísimas cosas extrañas y nuevas.

De vuelta á la fonda, y después de la siesta de costumbre me despertó Ahmat á las cuatro, llevándome su eterna hortera, y luego que hube tomado un refrigerio, me instalé como la víspera delante de mi puerta, donde fuí atacado de nuevo por mis comerciantes de ayer, que me mostraron muchos objetos completamente inconexos y que parecían admirados de hallarse reunidos á 4,000 leguas de su patria, tales como sombreros gibus, dulces, cuchillos, perfumes, látigos, linternas, organillos, chanclos de goma, chalecos de punto y alpargatas de orillo.

De todos aquellos comerciantes, el tipo más pintoresco es el del vendedor de cestos indígenas, adornado con su inmenso sombrero en forma de paraguas y con una caña de bambú en que lleva colgados cestos de todas clases, también de bambú. Estos consisten en canastillos planos, conos para cocer el arroz por medio del vapor, cedazos, cajas para guardar el di-

nero y que parecen nidos de pájaro, cucharas de coco, etc. El vendedor desaparece casi por completo en presencia de su graciosa mercancía.

—Yo hablo *fancés*, me dijo un hijo del Celeste Imperio que no puede pronunciar la *r*.

—Pues bien, véndeme unos calzoncillos y una camisa de algodón.

—Aquí teneis, me contestó estirando los objetos que me mostraba, de tal modo que podía convencer de su solidez al más incrédulo comprador.



La recolección del Siry.

—¿Y cuánto quereis por los calzoncillos y la camisa?

—Dos *lupias*, pantalon; dos *lupias*, camisa.

—Dos *lupias* las dos cosas.

—No señó. *Bancalota*, señó.

—¿Cómo! ¿Quereis decir bancarrota?

—¡Bancalota! ¡Bancalota!

Y el chino indignado, dobla inmediatamente sus

géneros y me vuelve la espalda sin dignarse siquiera saludarme.

Es cierto que á la hora de comer, cuando haya batallado con más comerciantes y principiado á aprender el malayo de grado ó por fuerza, porque no todos los chinos saben hablar *fancés*, volverá con la sonrisa en los labios á darme las camisas y los pantalones por el precio que le he fijado y se ofrecerá á mí con una

mímica tan significativa que quedaré persuadido de que me han robado.

Para pasar la noche voy á dar un paseo á pie despues de comer. Pero no es cosa fácil andar por la noche por el pais de Java cuando no hay luna, porque allí existe una noche completa, y solo se ve muy poco y muy confusamente, ó por mejor decir, no se ve nada. A pesar del débil resplandor de las lámparas colgadas en las galerías de las casas, los árboles, la tierra y el agua no forman sino una masa negra, opaca, sin términos ni distancias. Seria inútil tratar de librarse de los indígenas que son de color oscuro y andan con los pies desnudos, á no ser por una ordenanza de policía que los obliga á llevar desde el anochecer antorchas de bambú; veo tambien algunos que pasan á mi lado con canastillos iluminados con faroles de papel. De cuando en cuando dan un grito lastimero, gutural, y en una nota muy elevada que tiene alguna relacion con el grito de la lechuza. Observé además que todos hablan escesivamente alto, con voz gangosa y de una tenuidad especial.

De repente, al pasar debajo de unos árboles, oigo entre el follaje ruidos estraños, chillidos como los de la zorra, rápidos, comprimidos y que se contestaban unos á otros. Apresuro involuntariamente el paso y vuelvo á casa, donde averiguo que los interlocutores de aquella animada conversacion son los *halongs*, enormes murciélagos que tienen metro y medio cuando estienden las alas, y que todas las tardes al caer el dia pasan indefectiblemente de Norte á Sur.

Por fin me voy á acostar, y mi mosquitero, medianamente arreglado, me hace esperar una noche menos sangrienta; pero ¿dormiré? Me cuesta trabajo creerlo al oír fuera el ruido de los murciélagos y dentro el canto de mis compañeras de habitacion, las lagartijas, ruido exactamente igual al silbido del cochero que arrea á sus caballos, y el grito grave y monotonamente del jiekó (1).

(1) Encuentro en una de mis notas la descripcion exacta de esta otra lagartija doméstica (*Tok-kée* ó *jiekó*).

Su aspecto es asqueroso: su color es gris verde con rayas de azul pálido y mate, y el conjunto con manchas parecidas al óxido de hierro. Es mas larga, mas gruesa y mas panzuda que el lagarto verde de Europa. Tiene la cabeza aplastada y ancha, los ojos redondos, vidriosos y de color amarillo claro: cuando su pupila está espuesta á los rayos del sol forma una raya del grueso de un cabello. Sus patas son especialmente notables: cada dedo está armado de una uña muy aguda que parece entrar en una especie de vaina, y está además rodeado de una membrana que se adhiere fácilmente al suelo. La piel que cubre el pié tiene escamas salientes formando cuadros; la que constituye la planta presenta escamas lisas de forma redonda hacia la uña, y desaparecen hacia el origen del dedo para dejar sitio á otras escamas paralelas é iguales entre sí en toda la anchura del dedo, y que están colocadas en sentido inverso de su longitud. (Esta disposicion se parece bastante á la de las persianas.) El jiekó, á pesar de su paso habitualmente lento, anda y corre fácilmente

Al dia siguiente, al despertarme, caí en una melancolía profunda fácil de concebir. Entonces me encontraba materialmente acerbillado por los mosquitos, y respecto al porvenir, si consideraba el enorme precio de la vida en la fonda de las Indias comparado con mis recursos, llegaba á este resultado positivo:

«¡Bancalota!» como decia el chino de ayer.

Manifesté estos pensamientos al señor O..., comerciante francés que me habia acogido la víspera con tanta bondad, y supe por él con sorpresa mezclada de alegría, que la vida material era poco costosa en Batavia para el que queria limitarse á las comodidades regulares. Solo las habitaciones son algo caras, aunque mucho menos de lo que costarian en Francia viviendas espaciosas rodeadas de jardín. Con la mitad de lo que yo gastaba en la fonda podia pasarlo regularmente.

Aquella misma tarde á las cinco, entré en un coche con el señor O... y su mujer, y despues de algunas diligencias inútiles, nos detuvimos delante de una preciosa casita blanca y verde, risueña, y en cuya fachada habia dos palabras en gruesos caracteres: *Te hurr*, es decir, se alquila.

#### IV.

Las casas europeas.—Los arrozales.—El Syri.—Habitacion malaya en los alrededores de Batavia.—Las Arecas.—El Kampong Jiruk-Manis.

La casa, que nos enseña una vieja malaya, está situada entre dos jardines, que á pesar de la modestia de sus proporciones, son realmente deliciosos: las flores, los arbustos y los árboles mas preciosos están allí reunidos y atraen mil lindos pájaros. Observo que hay en el segundo jardín amplios edificios bajos con techos de paja sostenidos por una bonita colum-

quando quiere; se sostiene tan bien en el techo como en el suelo, y aun trepa por un cristal, lo cual se explica por la manera con que se verifica el movimiento del pié. A cada paso que da levanta los veinte dedos en el aire y los coloca despues en el suelo por un movimiento semejante al que hacemos cuando abrimos y cerramos sucesivamente la mano colocada sobre una mesa. La cohesion se verifica del modo siguiente: las laminillas en forma de persiana dejan penetrar el aire entre ellas bajo el pié cuando el animal le levanta, y desalojan el aire cuando le baja. Cuando el lagarto anda con la espalda vuelta hacia el suelo por superficies menos tersas que un cristal ó una pared estucada, las uñas le sirven tambien.

El tok-kée es venerado entre los malayos como la golondrina en Europa; los habitantes de la casa en que vive están libres de enfermedades, y se asegura que cuando hay un enfermo de muerte, el tok-kée se apresura á desaparecer.

Sin embargo, el fin de este animal es generalmente trágico á pesar de su carácter sagrado. Como algunas veces se cae del techo donde le gusta estar, y entonces se agarra á los vestidos de los europeos y á la carne desnuda de los malayos, hay que aplastarle para conseguir que suelte la presa.

nata de bambú: son la cocina y el cuarto de baño, habitaciones para los criados, cuadra, cochera, etc. En cuanto á la casa, tiene una fachada semejante á la de casi todas las casas de Batavia, es decir, una columnata que sostiene un frontis sobre el cual se levantan tejados que son poco pintorescos por su elevacion, pero que en cambio son propios para el calor del pais y para sus lluvias impetuosas. Todas las habitaciones son estensas, limpias, blanqueadas con cal, y se observa que la idea principal del arquitecto ha sido establecer numerosas corrientes de aire: asi pues, encima de las puertas de las alcobas hay claraboyas que dejan libre el paso á todos los vientos. Los pisos son de ladrillo como en el Mediodía de Francia y de España, y en las casas de los ricos son de mármol que se transporta de Europa y que cuesta carísimo. Todas las ventanas están resguardadas del sol por anchos cobertizos de hojas de palmera. Aquella agradable habitacion me fue alquilada por la modesta cantidad de 40 rupias (320 reales próximamente) cada mes.

Al dia siguiente hice la primera excursion por el interior del pais. El material de la expedicion consiste en tres coches cuyos cajones están llenos de comestibles y debajo de los cuales cuelgan grandes cántaros llenos de agua: nos acompañan seis criados.

En cuanto á las personas blancas solo iban mis dos nuevos amigos el señor O... y su mujer, otras dos señoras y sus maridos, una señora francesa recién llegada á Batavia y yo.

Atravesamos la parte de la ciudad nueva, habitada por los comerciantes ricos; no me canso de admirar los elegantes palacios, las sin iguales praderas, los frescos y limpidos arroyos que forman realmente una deliciosa morada. Despues, á la derecha, la hermosa aldea chinesca de Tana-bang, de la cual solo vemos algunas casas pintadas y talladas, y nos encontramos en campo raso.

Nada ciertamente puede explicar la magnificencia del pais que atravesamos: estensas líneas de bosques de color verde primaveral, limitan el horizonte de las vastas praderas húmedas de rocío, por las cuales trotan nuestros caballos. De cuando en cuando encontramos anchas lagunas, brillantes y azules como el cielo que se mira en ellas, ó algunas grandes aves que se pasean melancólicamente, ó la negra cara de un indio medio oculto entre la elevada yerba.

Pero el paisaje cambia á cada momento: pasamos debajo de bóvedas de inmensos árboles y por calles de gigantescos plátanos. Nunca he sentido con mas viveza la profunda impresion que me producen siempre esas espléndidas cúpulas de verdor que mejor que los arcos de las catedrales llevan nuestros pensamientos hacia el cielo. Luego llegamos á los arrozales, donde la tierra y el agua se unen para el

cultivo de ese admirable vegetal: allí veo estraños edificios cuya utilidad me esplican mis compañeros de expedicion: cuatro bambúes plantados en un mismo hoyo y que se van separando á medida que se elevan, sostienen una chocita colocada á 12 ó 15 metros del suelo: sirven de escalera unas muescas hechas en uno de los cuatro bambúes que forman los pilares del edificio. Allí hay un guarda en la época en que madura el arroz, completamente á salvo de los tigres, de las panteras y de las serpientes, y tiene la obligacion de agitar las ramas de bambú fijas en las cuatro esquinas del tejado, produciendo un ruido que espanta á las numerosas familias de pájaros aficionados al arroz. Se ven tambien otros espantajos menos complicados que se encargan de agitar las brisas que reinan continuamente en aquel pais, y consisten en volantes de bambú que giran al menor soplo de viento con un sonido semejante al del tubo de un árbol.

Poco á poco nos vamos alejando de los arrozales. El camino que seguimos se estrecha; los árboles se presentan mas juntos; un espeso tapiz de verdura reemplaza al camino y apaga el ruido de los coches y de los caballos; los vaivenes que producen las desigualdades del terreno aumentan y nos obligan á echar pie á tierra.

Llegamos á una hermosa plaza de árboles llena de sombra, de musgo y de césped, donde estendiendo en el suelo unas estereras, hacemos los honores á nuestras provisiones. Los cántaros que iban debajo de los coches nos llevan un agua de deliciosa frescura, gracias á la rapidez de la carrera y al enfriamiento producido por la evaporacion del agua que iba saliendo al través de las paredes de los cántaros.

Despues penetramos en el bosque, donde veo por primera vez arbustos cubiertos de la preciosa baya del café, y despues una hermosa plantacion de *syri* ó *betel* (*piper betle* de Linneo), cuya hoja, cubierta de cal viva contribuye con el tabaco, la nuez de areca (*pinang-areca*), el pimiento y el gambir (*funis uncatul Kumph*) á formar esos terribles masticatorios que vuelven negros como el ébano los dientes de los indios y su saliva roja como la sangre.

El syri, trepa y se arrolla, como nuestro lúpulo de Europa, en largas espirales alrededor de apoyos preparados al efecto, con la diferencia de que el bambú brillante y dorado reemplaza aquí á nuestros palos de madera grises y manchados. Pero la plantacion regular del syri no es ni con mucho tan pintoresca como sus alrededores invadidos tambien por la planta independiente y vivaz: allí libre de la mano del hombre se entrega locamente á sus caprichos; enlaza á los árboles con sus ligeras guirnaldas, y se estiende por todas partes, corriendo por el suelo ó buscando apoyo.

Yendo por un sendero tuvimos ocasion de ver cómo

se coge el syri. Hombres, mujeres y niños reunidos alrededor de los troncos cubiertos de la preciosa plan-

ta, cortaban las hojas y las llevaban á unas mujeres que se hallaban sentadas y que las colocaban



Vendedor de cestos en Batavia.—De fotografía.

unas sobre otras formando círculos concéntricos en grandes platos de bambú. Aquellos graciosos grupos, aquellas variadas actitudes aquel sol que cernido por las copas de los grandes árboles sembraba chispas de oro en los brillantes colores de los trajes y reanimaba el verde de la vegetación apagado en la sombra;

todo esto formaba un cuadro lleno de luz y de alegría, creado para desesperar y seducir al colorista, dejándole los mas agradables recuerdos.

Observé en la llanura de las arecas una variedad de palmera no conocida en Europa, y cuyo dibujo da una idea mas exacta que la que podría formarse con una descripción. El fruto de la areca, redondo y grueso como una ciruela y amarillo como una naranja, contiene la nuez de areca propiamente dicha,

que entra en la composición del betel como hemos dicho mas arriba.

Entre las sorpresas que habia de producirme nuestro paseo, debo poner en primer lugar la visita que hicimos á una habitación indígena. Estaba cubierta de paja. Digo paja, porque la hoja de palmera seca y doblada en sentido longitudinal, lo parece, con la diferencia de que no coge musgo y permanece con su color gris. Salen á recibirnos unas mujeres ma-



Interior del Kampong Djiruok-Maniss (Batavia).

lajas haciéndonos muchas cortesías y unas niñas que nunca han estado en Batavia contemplan con asombro el traje de las señoras que nos acompañan. Nos ofrecen una franca hospitalidad, y las niñas estenden esteras sobre el bali-bali, que es una especie de zarzo de tablas de bambú poco elevado sobre el suelo, y que hace oficio de mesa, de silla y de cama. Luego, cuando las señoras pasan el dintel de la puerta, dos muchachas que hasta entonces habian estado inmóviles, desarrollan otras esteras para evitar que sus pies toquen al suelo.

Nos llevan bananas; rompen delante de nosotros algunos cocos, y nos ofrecen su jugo, que es tan

desagradable para mi gusto como la parte sólida de este fruto.

El interior de la casa está vacío; no hay en ella otra cosa mas que el bali-bali y algunas otras esteras que caen verticalmente y ocultan las camas. La cocina está instalada de la manera mas sencilla: solo hay un agujero en el suelo, otro agujero correspondiente en el techo, y en la pared algunas cáscaras de coco con mango de rónen; en el hogar solo hay un puchero y una cafetera ennegrecida por el uso. Es escusado decir que aquí se come con los dedos, y que sirve de plato una hoja de plátano; pero esto no importa, porque nuestros huéspedes son muy amables y su dulce